

También el laúd pulsaba,
Sollozando en cada verso
De su vida las borrascas...»

¡Ah! ¿Con que había sido de vida borras-
cosa?... ¡Mire usted, mire usted lo que se
va descubriendo!...

«Porque también la *poesía*...»

Sí, señor; tiene razón el General Mitre.
Esto no es verso. Pero usted *por eslabonar*,
según dice...

«Porque también la *puesía*
En su sér se reflejaba...»

Y porque se reflejara la *poesía* en su sér
¿estaba obligada á sollozar las borrascas de
su vida y á haber tenido borrascas?...
Pues me río yo del *eslabonamiento*.

«Virgen inmortal *creadora*...»

Aquí también le diría á usted el General
que esto no es verso, como si lo viera; por-
que efectivamente no lo es.

«Virgen que será en los tiempos
De Arquímedes...»

¿Que *será* en los tiempos de Arquíme-
des?...

¿Los tiempos de Arquímedes cree usted
que están por venir?...

No, no dice eso.

«Virgen que será en los tiempos
De Arquímedes la palanca,
Para levantar al mundo
Sepultado en la ignorancia...»

¡Pero qué pobre y qué prosáico y qué sin
sentido es todo esto, señor Charras!

«Virgen inmortal que vive
A las bajezas extraña,
Porque en la virtud tan sólo
Gusta *recrear* su mirada...»

Vamos, *recrear* hay que decir, porque si
no tampoco es verso. Ya se lo habrá dicho
á usted el General Mitre.

«Y teje para el *poeta*...»

Entonces no es para usted, de seguro.

«Y teje para el *poeta*
Corona de egregias palmas,
Cuyas hojas siempre *verdes*...»
(*Se las comen los que cantan.*)

Como si lo viera.

«En los torneos del saber...»

Otro verso que no lo es. ¿Verdad, General? ¡Cuidado con la manía que tiene este Charras de oprimir las palabras!

¡Y luego dice que es muy partidario de la libertad! Para sí la querrá, que lo que es para afuera...

¡Querer meter los torneos en dos sílabas!...

«En los torneos del saber
Fué con esmero educada...»

¿Ahora vuelve usted á hablar de la mora? Pues ya no nos acordábamos de ella ni de su salud, entretenidos en oír las murmuraciones de usted contra la poesía.

«Por eso en varios encuentros
Con las legiones cristianas
Mostró tanta bizarría
Que sus golpes esquivaban...»

¿Los golpes eran los que esquivaban?...
¿Y qué esquivaban?...

«La reina Isabel primera
Al ser de ellos informada...»

¿De los golpes? ¿O de los encuentros?

«Dispuso hacerla su amiga
Más bien que su tributaria...»

¡Pero qué soso es todo esto, señor Charras!

«Con tal suerte hizo venir
A un guerrero de confianza,
Y le confió una misión
Acerca de la sultana...»

¿Ahora nos resulta sultana y todo? ¡Anda, anda!

«Le entregó de puño y letra
Una esquila perfumada...»

Perfumada, ¿eh?... Pero ¿de puño y letra de quién?...

¡Le entregó de puño!...
A usted sí que se la han dado de puño el General y todos los que le han animado á usted á escribir...

«Al punto y sin dilación...»

Lo cual es una misma cosa...

«Al punto y sin dilación
Se ha de llevar la embajada,
Le dijo la reina al paje...»

¿Pero era paje? ¿No decía usted que era un guerrero de confianza? No se le puede hacer á usted caso, porque tan pronto dice una cosa como otra.

«El joven besó la mano
De la augusta soberana,
Y partió como el cruzado
Cuando iba á la Tierra Santa...»

Es claro. Y como el peatón cuando va á conducir la correspondencia.

«El real pliego le decía
Con una forma galana...»

Entonces no era con la forma de usted.

«El real pliego le decía
Con una forma galana...»
(Y con un ripio tan ripio
Que no quiere decir nada.)

Omito las cosas que el vate dice que escribió la reina Católica, porque no quiero que quede memoria de ellas.

El canto sigue:

«En tanto en el campo moro
La rendición se trataba...
Olvidando el heroísmo
De Sagunto y de Numancia...»

Pero ¿qué necesidad tenían los moros de olvidar el heroísmo de Sagunto y de Numancia? ¿Cuándo ni por qué le habían de haber aprendido? ¿Qué tenían que ver los moros con esos heroísmos?...

«Sin embargo, Boabdil
Al buen Guzmán no imitaba...»

Naturalmente. Lo raro sería que le imitase.

«Los rindió; pero un valiente
De talle esbelto y sin barba,
Se opuso como un baluarte
A soportar tanta infamia...»

Tartanta...
El detalle de *sin barba* también es muy bonito.

«El valiente era la mora...»

Bueno.

«Era la mora más linda...
(¿Que una perrita de lanas?)
Era tan lindo su seno,
Y era tan linda su cara,
Y era tan linda su boca...»
(¿Acaba usted hoy ó mañana?)

El General trató de disminuir algo las lindezas, llamando *bello* al seno y *fresca* á la boca; pero el vate se cuadró, y todas las cosas quedaron lindas.

«Y eran tan negros sus ojos,
Y eran sus manos tan blancas,
Y eran tan suaves sus trenzas,
Y eran tan dulces sus gracias,
Y era su cuello tan lindo...»

¿Otra vez? ¿Todavía hay más lindos?

«Y era toda ella un conjunto
Fundido en no sé qué fragua.»

¡Hombre! ¿Fundida en una fragua?...
Es lástima que no sepa usted en cuál,
por lo raro del caso...
Pero no debe usted de estar bien enterado,
y no debe de ser verdad eso de que fuera
fundida en una fragua.

Porque en las fraguas no se funde: se forja,
que no es lo mismo.

«Solemne instante... á la puerta
De su castillo se apeaba...»

Aquí le habrá dicho á usted su compadre
D. Bartolomé que esto *no es verso*; y no lo
es ciertamente, porque *apeaba* tiene cuatro

sílabas, y una del *se* son cinco; y meter
cinco en tres, es mucho apretar.

«Que pase adelante, dijo,
En nombre de Allah, quien llama,
Y á poco rato á su vista
Apareció Don Juan de Austria.»

Cincuenta y cinco años antes de nacer.

Enmendó el General el disparate
Y se resignó el vate...

Diciendo:

«El señor General ha pasado una línea
de lápiz y ha escrito debajo: *D. Juan de Austria no había nacido al tiempo de la rendición de Granada*. Tiene razón, señor... Como mi composición es una fantasía, creí que *no implicaba...*»

¿Pues no había de implicar? ¿Usted cree?... Digo mal: usted no cree nada, porque no estando convencido de que tiene alma, ¿cómo ha de creer? Pero ¿á usted se le figura que *fantasía* es lo mismo que *desatino*?...

Para usted ya veo que es lo mismo, pero no debe ser.

«Dijo: á intimar que te rindas
Por la razón ó las armas.»

¿Rendirme? En otra ocasión
Le tengo dicho á tu reina
Que yo y los míos se rinden
Cuando la vida les falta.»

Pero, hombre, aquel *reina* no es asonante de *falta* ni de *armas*.

Para que lo fuera había que decir *raina*.

¿Es que le ha enseñado á usted á pronunciar la *e* D. Víctor Balaguer, nuestro inverosímil académico? Porque éste, por llamar á Montero Ríos «el verbo de la democracia,» le llamó el *varbo*, y le ha hecho quedarse con «el *barbo* de la democracia.»

«El rey Boabdil, princesa,
Con lo que cuenta es con nada.»
(Pues no podía ser menos,
Estando la cuenta exacta.)

Más adelante se lee que la mora recorría las filas...

«Porque la servía de escudo
La santidad de su causa.»

El General objetó: «Sólo los mahometanos pueden decir santa la causa de Mahoma: una mujer no, porque es la esclava del mahometismo.»

El vate no se rinde y sale del paso en esta forma:

«Quien dice *la santidad de su causa* no es la mora, sino el autor.»

¡Así se habla! Clarito. El no tener alma no es un obstáculo para llamar *santa* á la causa de Mahoma. ¿Qué ha de ser? Al contrario.

Y sigue Mahomet Charras:

«Después que todo dispuso...»

Muy mal.

Aunque usted no esté convencido de que existe el alma, debe estar convencido de que existen los galicismos.

Y ese es un galicismo muy feo.

«Sois los soldados aquéllos
Que de Tolosa en las Navas
Dieron á la media luna
Cuarenta lustros de fama...»

Aquí el General le dice á Mahomet Charras que los moros no pudieron dar fama á la media luna en la batalla de las Navas, donde fueron derrotados, y que los lustros transcurridos desde entonces hasta la rendición de Granada, eran sesenta; pero el vate se defiende diciendo:

«Como mi obra es *imaginativa*, no tuve inconveniente en que la mora recordase á sus soldados esa acción de guerra...»

Es claro: su obra es imaginativa y disparatativa, y por eso...

Para disculpar otro mal verso, dice Aben-Charras:

«Si yo tuviera tiempo trabajando de sol á sol, como lo hago diariamente entre cálculos y números, ó pudiera hacer los cuatrocientos treinta y dos versos de este *canto* sin ningún defecto... me diese por satisfecho...»

El comentador de allá pone aquí: *gallego puro*, y tiene razón.

Pero á mí lo que más me llama la atención es lo del tiempo. ¡Quejarse este hombre de falta de tiempo, cuando habrá echado á perder tantísimo en redondear su canto!

¿Qué necesidad tenía usted de hacer esos cuatrocientos versos y pico?

Y lo que tiene también mucha gracia, es esta otra disculpa contra otra observación de su compadre:

«Leo también al margen: *no es verso*. Lo que puedo decir es que *lo preparé durito* (¡bien se puede creer!), por no destruir la idea que encierra. Será feo como algunos otros; pero un *feo-lindo*.»

Feolindo, sí.

«Que á una mujer muchos leones...»

dice que es un verso *feo-lindo*.

Después deja Ben-Charras á la mora linda y se mete por la sublevación de América contra España.

¡Figúrense ustedes lo que discurrirá en este nuevo campo!

«Sólo así... Pero no *pudo*,
Por más que Iberia anhelaba
Apagar del nuevo *mundo*
La luz revolucionaria...»

Y sigue:

«No había puesto su pie
Sobre la cumbre nevada,
Donde el condor solamente
Tiene el valor de *habitarla*.»
(¡*Qué sintaxis tan moruna*
Tiene este vate sin alma!)»

Otro golpe:

«Ni la estrella *solitaria*
A Chile *inmortalizaba*,
Ni Bolivia ni el Perú
Se veían soberanas...»
(*Ni soberanas palizas*
Chile las administraba.)

Un poco más adelante:

«Donde *rodó* destrozada
La cadena que oprimía
La virgen sencilla y casta
Que el navegante Colón
En su *demencia* encontrara...»

¡Demencia! ¡Pobre Colón! ¡Cuánto mejor era que no hubieras descubierto esta gente! Andarían por allí á estas horas todos estos vates con sus plumas en la cabeza... pero no te llamarían loco.

«Este verso es un poco *infleccible*,» dice Charras hablando de otro verso malo, y sigue escribiéndolos cada vez peores.

«Porque también nacen *leones*
En la tierra americana...»

¡Qué han de nacer *leones*!
¡Lo que nace es cada pedazo... de sabio!

XIII

Allá va otro argentino de más campanillas literarias que Mahomet Charras; pero no mejor poeta ciertamente: D. Calixto Oyuela.

Ya le conocen ustedes por aquella famosa epístola á Martinto, ó á *Domingo amigo*, según él decía; pero como es académico de los correspondientes de la Española de la Lengua y muy devoto de los académicos de acá, bien merece otra soba.

Por cierto que los académicos de acá no le pagan muy bien su devoción, como verán ustedes.

En 1886 publicó D. Calixto, en Buenos Aires, un librito de versos titulado *Hojas sueltas*, y en 1891 publicó otro libro algo mayor, titulado *Cantos*.

De este último envió un ejemplar á un académico de Madrid, con su retrato, con una dedicatoria muy rimbombante y con una carta muy cariñosa; y el académico fa-